

La Academia de Ciencias, culpable para Marat de haber desdeñado lo que él llamaba sus descubrimientos científicos, era perseguida por él y designada en su periódico como una asociación de aristócratas. Sabios tan ilustres como Laplace y Lalande y el eminente monje que á sus méritos científicos unía el ser un gran carácter y un verdadero patriota, fueron señalados por Marat al odio público. No les acusaba únicamente de falta de civismo, sino de robo al Estado. «El dinero que les da la Academia—decía—para hacer experiencias se lo comen ó lo gastan con muchachas de vida alegre.»

Pero el hombre objeto principal de esta rabia envidiosa era el primero de aquel tiempo, aquel que acababa de realizar en la ciencia una revolución rival de la revolución política, y ante el cual se inclinaban Laplace y Lagrange. Hablo de Lavoisier. Ya es sabido que Lagrange experimentó tan profunda impresión ante ese mundo de la química al cual Lavoisier acababa de arrancar el velo, que durante diez años olvidó las matemáticas, no pudiendo soportar la sequedad del cálculo abstracto, encantado por los misterios químicos que abrían ante él el seno profundo de la naturaleza. Este gran revolucionario de la ciencia, Lavoisier, no habría podido hacer su revolución si no hubiera sido rico. Por esto aceptó el cargo de arrendatario general de contribuciones. Lejos de extremar en sus funciones el espíritu de fiscalización, aconsejó al gobierno la rebaja de muchos impuestos, sosteniendo que con esto aumentarían los ingresos en vez de disminuir. Nombrado por Turgot director de las pólvoras, abolió la costumbre vejatoria de registrar las cuevas de las casas para rascar el salitre. Un detalle basta para juzgar su corazón. En medio de funciones tan diversas y de trabajos tan abrumadores, aún encontraba tiempo para dedicarse á un trabajo largo, penoso y repugnante: el estudio de los gases que se escapaban en las letrinas, sin otro fin que el de salvar la vida á los desgraciados encargados de su limpieza, y que muchas veces perecían asfixiados.

He aquí el hombre á quien atacaba Marat; el sabio ilustre á quien el periodista tenía el cinismo de llamar «un aprendiz de químico con cien mil libras de renta». Sus acusaciones continuas, repetidas bajo infinitas formas, prepararon el cadalso á Lavoisier. Sin prueba alguna, le atribuyó el plan de la nueva muralla que iba á circuir á París, acusándole de «querer quitar el aire á la ciudad, ahogando á sus habitantes». También le acusó de haber transportado la pólvora del arsenal á la Bastilla en la noche del 12 al 13 de Julio, transporte que se hizo por orden del ministro, sin saber nada Lavoisier.

Lo notable en este sabio es que quedándole que hacer tanto por la ciencia y siendo su vida de un precio inestimable para el mundo, no pensara nunca en huir. No llegó á recelar que la funesta estupidez llegara hasta arrancar una vida á la ciencia tan útil para el género humano. El principal disgusto de Marat era que no podía llevar sus furores hasta la Asamblea nacional. En Octubre de 1790 decía en su periódico

que si de tiempo en tiempo se paseaban alrededor de la Asamblea algunas cabezas cortadas, la Constitución sería hecha inmediatamente y resultaría perfecta. Y añadía que sería mejor aún tomar las cabezas de la misma Asamblea. En otras ocasiones rogaba con insistencia al pueblo que se llenara los bolsillos de guijarros y desde las tribunas apedrease á los diputados infieles.

En Agosto de 1790, cuando Marat y Camilo Desmoulins fueron acusados por Malouet en la Asamblea nacional, Camilo fué á visitar á Marat y le rogó que rectificase algunas de sus palabras horriblemente sanguinarias, que hacían perjuicio á su causa. Marat al día siguiente contó la entrevista burlándose de Camilo, y lejos de reconocer que sus palabras habían sido excesivas, declaró que le parecían dictadas por la humanidad, un espíritu de humanidad especial que recomendaba derramar ahora sangre para evitar que en adelante se derramase más.

Marat acusaba de miedoso á Camilo Desmoulins, justamente cuando éste acababa de demostrar una gran audacia personal. Cuando Malouet acusaba en la Asamblea á los dos periodistas revolucionarios, Camilo estaba en una tribuna escuchando á su acusador. Y cuando Malouet gritaba: «¿Hay alguien que se atreva á desmentirme?» Desmoulins contestó á toda voz y sacando el cuerpo fuera: «Yo me atrevo.»

La situación de los dos periodistas no era igual; Desmoulins, exhibiéndose en pleno día en los sitios más céntricos de París; Marat siempre oculto é invisible para aquellos á quienes atacaba. No se mostraba en público más que en raras ocasiones, cuando eran convocadas sus bandas de fanáticos y se sentía rodeado de un impenetrable muro de hombres y más seguro aún que en su cueva.

En Enero del 91 Marat recomendó el degüello de los guardias nacionales á sueldo, designando especialmente á Lafayette al furor de las mujeres, para que le arrancasen sus signos de virilidad. «Haced de él un Abelardo»—decía en su periódico.

Un partidario de Lafayette que escribía *El Diario de los Mercados* se atrevió á citarle ante los tribunales. Marat salió de sus tinieblas para comparecer en el Palacio de justicia. No tenía gran cosa que temer; pero le rodeaba un verdadero ejército. El auditorio estaba compuesto de sus frenéticos amigos, y todas las avenidas, todas las galerías del Palacio, rebosaban de un pueblo prodigiosamente exaltado. La autoridad, comprendiendo que no podría proteger la vida del acusador de Marat, le prohibió que se presentara. Marat, vencedor sin combate, se burló de los tribunales, de la policía, de la guardia nacional, de Bailly y de Lafayette.

Desde este día ejerció sin traba alguna el reinado de la delación. Sus transportes más frenéticos fueron sagrados para la turba.

Su delirio sanguinario, en el que se mezclaban con demasiada frecuencia las delaciones péfidas que él repetía sin discernimiento, fué acogido como un oráculo. Desde entonces pudo marchar á pasos agi-

gantados hasta el absurdo. Cuanto más loco más creído era. Era el loco del pueblo. La muchedumbre reía, le escuchaba y le amaba, sin creer en nadie más que en su loco.

El marchaba la cabeza atrás, fiero y feliz, sonriendo en medio de su acceso de furor. Lo que había perseguido toda su vida lo tenía ya: todo el mundo le miraba, hablaba de él y le tenía miedo. La realidad había ido más allá de todo lo que él había podido imaginar en los ensueños de su vanidad delirante. Ayer un gran ciudadano; hoy un vidente, un profeta: con que su locura se extremara un poco más, podía llegar á ser un Dios.

El marcha siempre adelante y los obstáculos que pretenden oponerle otros periódicos se deshacen á su paso: la prensa se ve forzada á seguir á este ciego por las vías del Terror.

La prensa contaba con espíritus humanos perfectamente educados y verdaderamente políticos. ¿Por qué siguieron á Marat?

En la situación infinitamente crítica en que se encontraba Francia, teniendo en su corazón la monarquía enemiga y la conspiración inmensa de sacerdotes y nobles, los cuales tenían justamente en sus manos la fuerza pública, ¿qué otro medio le restaba á la nación que el Terror popular?

Por esto en el peligro viéronse todos obligados á buscar una fuerza ficticia en la exageración y la violencia, y he aquí lo que puso á todos los oradores de club, á todos los redactores de periódico, á la zaga de un loco, que falto de conciencia y sentido moral, podía ser sanguinario sin excitación y sin remordimientos.

He aquí lo que unció á toda la prensa á la carreta de Marat.

Además, causas personales, pequeñas y miserablemente humanas, contribuyeron á todos á hacerlos violentos. Hablemos de esto sin rubor.

La profunda incertidumbre en que se encontraba el genio más fuerte y el más penetrante de toda la Revolución (es Danton de quien hablo), su fluctuación entre los partidos que le solicitaban y por ninguno de los cuales llegaba á decidirse, ¿cómo podía ocultarse? Pues por medio de palabras violentas.

Su brillante amigo Camilo Desmoulins, el escritor más grande de su tiempo, era puro en cuestiones de dinero; pero como artista, de carácter móvil, era muy inconsecuente en asuntos de competencia y popularidad. El éxito de Marat le molestaba, y arrojó á Camilo por algún tiempo en el periodismo de violencias, sosteniendo con su rival una emulación de cólera contraria por completo á su carácter ligero y dulce.

¿Cómo el impresor Prudhomme, habiendo perdido á su redactor Loustalot, podía sostener *Las Revoluciones de París*? Pues haciendo que el periódico fuese muy violento.

¿Cómo *El orador del pueblo*, Freron, el íntimo amigo de Camilo Desmoulins y de Lucila, que vive en su misma casa, cómo puede bri-

llar ante la elocuencia y el ingenio de Camilo? ¿Por el talento? No. Se hará de notar por la audacia y será más violento.

Mas he aquí uno que comienza y que va á sobrepujar á todos. Un empleado de teatros, Hebert, tiene la para él feliz idea de reunir en su periódico todo lo que hay de más bajo en el lenguaje popular, las palabras más innobles, los juramentos de las tabernas y las mancebías. La empresa es fácil. Y todas las mañanas gritan los vendedores: «¡La grande cólera del *Pere Duchéne*.—Hoy sí que viene furioso el *Pere Duchéne*!» Y el secreto de su elocuencia consiste en meter la palabra j... dos ó tres veces en cada línea.

¡Pobre Marat! ¿Qué harás tú ahora? Esta es una verdadera competencia.

Verdaderamente tu furor resulta débil; no aparece como el de Hebert, ilustrado con las más abyectas bajezas del lenguaje: comparado con él tienes todo el aire de un aristócrata. Te es preciso ensayarte á jurar así, y sólo á costa de esfuerzos inauditos, de rabia y de odio, todos los días renovados, es como consigues mantenerte difícilmente en la vanguardia.

Es un carácter de la época que merece ser observado, esta competencia de furor.

Como si hubiera un premio propuesto para la violencia, los clubs espolean á los clubs, los periódicos á los periódicos, siguiendo todos desbocados esta carrera hacia la muerte. Todo grito tiene su eco, todo artículo produce otro artículo más violento. ¡Desgracia para el que se quede atrás!... Casi siempre es Marat el que marcha delante de los otros; algunas veces Freron, su imitador, le pasa delante.

Prudhomme, que es el periodista más moderado, publica, sin embargo, números furiosos. Entonces Marat se indigna, como si invadieran un campo que fuese suyo. En Diciembre del 90, cuando Prudhomme propone organizar un batallón de Scévolas contra los Tarquinos, ó sea una tropa de matadores de reyes, Marat se enfurece porque esta idea no es suya, y para conservar su prestigio vomita mil cosas sanguinarias.

Este *crescendo* de violencias no es un fenómeno particular de los periódicos: estos no hacían generalmente más que condensar y reproducir la violencia de los clubs. Lo que se rugía por la noche en la tribuna era impreso en las primeras horas de la madrugada y se vendía por la mañana.

Los escritores realistas servían del mismo modo al público todos los ultrajes y las ironías contra la Revolución que se habían lanzado por la noche en los salones aristocráticos. Las reuniones del pabellón de Flora, las de casa de la princesa de Lamballe y otras que tenían los grandes señores antes de emigrar, proveían de armas á la prensa realista.

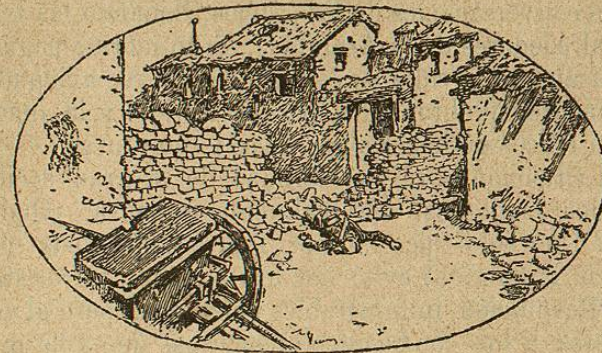
La emulación era terrible entre las dos prensas. Causaban el vértigo los millones de hojas de papel que se agitaban como un torbellino, entrecruzándose y batiéndose.

La prensa revolucionaria, que ya era furiosa por sí misma, extremaba su cólera al sentirse pinchada por la penetrante ironía de las hojas y los folletos realistas.

Las publicaciones realistas se multiplicaban hasta lo infinito: los veinticinco millones anuales de la lista civil aseguraban su vida. Montmorin afirmó á Alejandro de Lameth que en poco tiempo había empleado siete millones por encargo de la monarquía para comprar jacobinos y corromper escritores y oradores.

Lo que costaron los diarios realistas *El amigo del rey*, *Las actas de los Apóstoles*, etc., nadie lo ha sabido, como tampoco se sabe á cuánto ascienden las importantísimas sumas que el duque de Orleans dedicó á la compra de la prensa.

Lucha inmunda, lucha salvaje. Unos tiraban con piedras; otros con monedas de oro. Una lucha mata; la otra envilece. De una parte el mercado de almas; de la otra el Terror.



CAPITULO IX

Primer paso del Terror.—Resistencia de Mirabeau

Los Jacobinos persiguiendo á los otros clubs, destruyen el Club de Amigos de la Constitución monárquica.—La mayoría de los jacobinos de entonces pertenecen á los partidos Lameth y Orleans.—Primeras ideas de República.—Los jacobinos son aún realistas.—Inquisición sin religión.—Primeros efectos de la Inquisición política.—La partida de Mesdames provoca la cuestión de la libertad de emigración.—Violencia de los jacobinos retrógrados en este debate.—La discusión turbada por el movimiento de Vincennes y de las Tullerías.—Mirabeau defiende la libertad de emigrar.—Peligro que arrostra. Es atacado en los Jacobinos é inmolado por los Lameth.

Para comprender cómo el más civilizado de los pueblos, al día siguiente de la Federación, cuando los corazones parece que debían de estar llenos de emoción fraternal, pudo entrar tan bruscamente en las vías de la violencia, necesario es sondear un Océano desconocido: el de los sufrimientos del pueblo.

Hemos hablado de los periódicos y de los clubs. Pero más abajo de esta superficie sonora está insondable y mudo el infinito del sufrimiento. Sufrimiento creciente, moralmente agravado por la amargura de una gran esperanza convertida en engaño y agravada materialmente por la súbita desaparición de todo medio de vida. El primer resultado de las violencias fué hacer partir de Francia, además de los nobles, muchas gentes ricas que no eran enemigas de la Revolución, pero que tenían miedo. Las que se quedaron no osaban moverse por no marcar su presencia ni vender, ni comprar, ni fabricar, ni hacer gasto alguno. El dinero asustado permanecía en el fondo de las bolsas: toda especulación, todo trabajo estaba suspenso.

¡Espectáculo extraño! La Revolución, que abría la carrera al labriego, se la cerraba al obrero. El campesino seguía con oreja atenta los decretos que ponían á la venta los bienes eclesiásticos y le convertían en propietario; el obrero, mudo y sombrío, despedido de los talleres, se paseaba con los brazos cruzados, erraba durante todo el día, es-